

NAVEGANDO EN LA METROPOLI

Y ahí estaba yo, una mañana más, resguardado bajo la marquesina del autobús urbano, arropado por la tenue brisa de una mañana de verano en Sevilla, y como cada día, con la mirada perdida y clavada al frente, intercalando bostezos de cuando en cuando y pasmado en el hipnótico pensamiento de descubrir si el verdadero motivo de no batallar mi carnet de conducir era mi adolescente rebeldía frente a los consejos paternos, o la aventura que cada día suponía para mí, recorrer mi ciudad en tremenda calesa.

De repente, entre el espeso embrollo de pensamientos de mi cabeza, irrumpió el machacón rugido del autobús, dejando en tablas mi habitual dilema matutino y anunciando la llegada de mi siempre amable medio de locomoción.

Ya me encontraba trepando los tres escalones de la puerta de acceso, distraído en acertar qué andanza me depararía hoy mi viaje, cuando reparé allí al fondo, reunidos en tertulia como en otras ocasiones, Don Cristóbal, Doña Cayetana y Don Bartolomé, los tres, tornando sus cabezas hacia mis pasos, con los galones y la experiencia que los surcos de su cara les fueron dados y esgrimiendo una cómplice sonrisa al detectar mi presencia.

Doña Cayetana, manteniendo el gesto enmarcado en su peculiar peinado, palmeaba el asiento libre que tenía junto a ella, invitándome a unirme al grupo que a buen seguro garantizaba nuevamente un ameno trayecto.

Rápidamente quedé atrapado en los cepos conversacionales de estos tres personajes, en las explicaciones interminables de D. Cristóbal, que con brazo extendido y dedo erecto nos señalaba a su paso, nuestra Catedral de Sevilla, y nos explicaba todas esas historias que le tocó vivir al ser huésped permanente, desde hacía tantos años, de nuestro emblema gótico.

Y Doña Cayetana, impaciente desde la infancia, y que irrumpía entre la charla alertando de la llegada a uno de sus rincones favoritos, allí donde disfrutó buena parte de su niñez y del que atesoraba inmejorables recuerdos, el Palacio de las Dueñas, propiedad de la Casa de Alba, acordonado por su florido patio andaluz y símbolo de nuestra ciudad.

Y como no, las memorias históricas de D. Bartolomé, que con brazos abiertos, temple nostálgico y voz quebrada, compartía con nosotros esos momentos de su juventud donde pintaba en el interior del Convento de los Capuchinos que borneábamos en ese momento, que le hicieron crecer como artista y que llenaron su zurrón de recuerdos que hasta ahora perduran.

Y como de costumbre, en el deleite de mi embobamiento, fui atropellado y engullido por mi punto de destino, allí donde debía apearme y donde con un simple deslizar de mi dedo debía desconectar mi tablet, siempre con el alivio de que en mi próximo trayecto volvería a encontrarme con el Sr. Colón, la Sra. De

Alba y el Sr. Murillo y por qué no, con cualquier otro personaje que mi ciudad y el disfrute de mi viaje me permitieran...

ALEUNAM